

UNA ESPLICACION.



A MI llegada a esta capital he sido impuesto de que de Tunja se ha escrito asegurando, que el padre Antonio M. Amézquita, cura de Santiago, se halla libre porque yo lo fié. Este rumor, reunido a la circunstancia de no haber visto ni en los boletines, ni en la Gaceta oficial, una reseña siquiera, de la rebelion que estalló en Tunja el 18 de julio último, me ponen en la necesidad de ocupar a mis conciudadanos con la narracion de lo ocurrido en aquella ciudad.

Diferentes ciudadanos se habian acercado al Sr. Gobernador de aquella provincia, manifestándole los fundados temores que tenían de que el órden público fuera turbado. No sé que aquel majistrado dictara alguna providencia que tendiera a impedir la accion de los bandidos en aquella parte de la República; pero sí me consta que los buenos ciudadanos i la juventud liberal ansiaban por encontrar centro, accion i enérjia, a fin de contener los ímpetus revolucionarios que tanto se marcaban.

Aquel noble deseo, aquella exaltacion del patriotismo obligaron a varios individuos a acercarse a mi casa el 15 por la noche, cuando acababa de llegar de Chocontá, a manifestarme la urgente necesidad que habia de tomar algunas medidas para salvar la República, salvando el principio legal en la provincia.

Los Sres. Gregorio Pácz, Miguel Sánchez, Cándido i José Antonio Rincon S., Ramon i Carlos Escobar, Agustin Torres Bácares, Ambrosio González i otros, me indicaron que el Sr. Gobernador oponia la inercia a todas las indicaciones que se le hacian, i me escitaron para que con ellos fuera en esa hora (eran las siete de la noche) a invitarlo a que tomara alguna providencia que calmara la alarma o que explicara su conducta misteriosa por lo tranquila.

Yo, que me encuentro a mucha distancia de la amistad de aquel magistrado, porque ni soi de su familia, ni dejé de echarle en cara, en una carta, la indecorosa proteccion que él da a los suyos con menosprecio de la opinion pública i de la mayoría liberal, no podia prometerme un buen éxito de las indicaciones que le hiciera; mas, la confianza que aquellos buenos patriotas manifestaron tener en mí, i mi propia conciencia, de que delante de la patria no hai sacrificios i que todo es deber, me movieron a salir con ellos hasta la casa de la Gobernacion en donde estaba el Sr. Rivadencira.

Llegados allí, le manifesté que, *por lo que él sabia* creía yo, que era preciso empezar a obrar, pues de otro modo era seguro que Juan N. Neira i los demas godos lograrian sobreponerse a las leyes en aquella provincia con baldon de las autoridades i oprobio de los buenos patriotas: por entónces el Sr. Gobernador se me manifestó convencido de la misma necesidad, me habló de algunos avisos que se le habian dado i me escitó a que le indicara la medida que a mi juicio fuera conveniente:—yo no vacilé en manifestarle que no habia necesidad de otra medida, de otro plan, de otro sacrificio, ni de otra operacion, que capturar a Juan N. Neira en cuya casa se sabia habia jente armada, i servia de reunion a los conspiradores; agregándole que si el Sr. Gobernador tenia a bien darme la comision, yo iria a traerlo. En efecto, convino, advirtiéndome que no fuera solo, *porque allí habia jente*. Yo, que comprendia el estado de las cosas, que tenia conviccion de que Neira estaba resuelto a revolver la provincia, i que conocia su presuncion, quise ir acompañado al ménos de cuatro personas para ponerme en número igual a aquel que yo sabia debia encontrar con él, i para esto exijí a los Sres. Ramon Escobar, Cándido i José Antonio Rincon i Miguel Sánchez, que me acompañaran: ellos se armaron de lanzas, sin asta, i yo tomé mi trabuco. A mi paso por el cuerpo de guardia, instruí al Sr. capitán Joaquin Machado de mi intento, haciéndole indicaciones para el caso de que los conservadores, viéndose sin Jefe, pretendieran hacer algun bochinche, con lo cual nos dirijimos a la casa de Neira, conviniendo por el camino en el modo de sacarlo dado el probable caso de resistencia. Llegamos, rodeamos la manzana, tocamos a la puerta i dí orden a un tal Bórquez, que dijera a Neira lo ne-

cesitaba yo; pero el tal contestó que no estaba allí su patron i que no abriría sin su órden. Esta resistencia, el ruido i movimientos precipitados que dentro de la casa se oían, me hicieron resolver a entrar en ella echando abajo la puerta; para lo cual envié a llamar al Sr. Jefe político para que prestara el auxilio del caso: mas este tocó con el Sr. Gobernador, quien al punto le dijo que mi comision estaba reducida solo a llamar a Neira. Impuesto yo de esto me volví con mis compañeros, i resuelto a hacer lo que pudiera con todos mis amigos, les indiqué lo que pasaba i la falta de apoyo de parte de la autoridad; sin embargo, tomamos algunas providencias para invijilar los movimientos de los sindicatos conservadores: nos reunimos en una sola casa, nos armamos i nos preparamos a la defensa del Gobierno i al sostenimiento del órden, no obstante la conducta de nuestro majistrado.

Pasamos la noche con inquietud. Diferentes grupos de patriotas recorrieron la ciudad sin tocar con la autoridad.

Jamas olvidaré la conducta activa i patriótica de los Sres. Joaquin Machado i su hijo Hipólito; ellos i el virtuoso jóven Cándido Rincon Soler se convirtieron en espías de todos los conservadores, i traduciendo sus movimientos con acierto, daban esacta noticia del plan revolucionario; así fué como en los días 16 i 17 tuvo el círculo de patriotas, en Tunja, la crónica completa de las operaciones enemigas, i por esto fué que la noche del 16 el enérjico i leal ciudadano Gregorio Páez i los buenos patriotas doctores Mateo Domínguez, Ambrosio González, Francisco de P. Angulo, Miguel Sánchez, Juan Nepomuceno Rójas i Segundo del Castellblanco, i los Sres. Cándido i José Antonio Rincon Soler, Anunciacion Várgas, Ramon i Cárlos Escobar, Agustín Tórres Bácares, Hipólito Machado i otros, reunidos nuevamente en mi casa, resolvieron acercarse otra vez al Sr. Gobernador i exigirle perentoriamente que nombrara otro Jefe político, indicándole al efecto al Sr. Dr. Miguel Sánchez i a mí, i que redujera a detencion a Juan N. Neira, Ricardo Monroi, al padre Amézquita i otros clérigos i frailes tan sospechosos como el primero.

Rechazadas al principio las indicaciones con una que otra insulsez del Sr. Rivadeneira, se retiraron muchos estremamente desagradados i sin esperanza de recabar nada favorable al órden; pero el Sr. Páez, tenaz i enérjico, obligó por fin al mandatario a variar de conducta i obtuvo el nombramiento de Jefe político en el Sr. Dr. Sánchez, i la promesa de que detendría a los que se le indicaban. Igualmente logró que se noticiara al Sr. Gobernador de Tundama del estado de alarma i ansiedad en que nos encontramos, para lo cual fué designado el Sr. Tórres Bácares, quien marchó a la una o dos de la madrugada para Santarosa, sin haber recibido del Sr. Gobernador mas auxilio que la comunicacion del caso.

Antes de seguir debe saberse, que el empeño en variar de Jefe político no nacia de falta de confianza en el que desempeñaba aquel encargo: no, el Sr. Sebastian Jaime, antiguo i leal republicano, merece bien la fe de sus conciudadanos; pero, hombre de campo, necesitaba de consultas instantáneas, para saber hasta

dónde su autoridad podía estenderse para contener a los revoltosos, dificultándose así la prontitud en las medidas de policía, en momentos ciertamente apurados.

En la mañana del 17 se presentó Juan N. Neira en la Gobernación a virtud de mi ida a su casa o de órden especial del Sr. Gobernador, (no sé); pero sí sé que hizo protestas al Sr. Rivadeneira, asegurándole que nada debía temer por entónces; que el partido conservador no conspiraba; que él garantizaba con su cabeza i con su honor el órden en aquellos días i que, aunque era cierto que se preparaban grandes acontecimientos que realizarian la caída del Gobierno, creía él que aun no estaban inmediatos. El Sr. Gobernador, satisfecho con las protestas o aterrado con los pronósticos de aquel hombre que, en su concepto dominaba le país con una mirada, dió cabida a tales impresiones, i despues de una larga e importante conferencia, puso en libertad al corifeo revoltoso con el pretexto de que iba a almorzar.

Este hecho, cuya calificación dejo a otros, llenò de indignación a los patriotas, i yo entónces, con ellos opiné que debíamos abandonar la ciudad, i retirarnos al pueblo de Paipa, en donde habia un escuadron de caballería con el cual podíamos contar para restablecer el órden en Tunja, a pesar de la autoridad, en el indubitable caso de alterarse, como en efecto se alterò; pero varios otros compatriotas improbaron nuestro intento, i en efecto desistimos de él, para continuar unidos, invijilando a los sospechosos i tomando medidas preventivas.

El dia fué ajitado; los rumores se aumentaron; losorros conservadores se marcaron; se habló del robo del correo, (ejecutado positivamente en Ventaquemada); los godos aparecieron activos, presurosos e insolentes señalándonos sus armas, i nosotros nos compactamos, nos dividimos en grupos de observación, i yo que, a esfuerzos de mis amigos, habia sido nombrado comandante de un escuadron que no existia, reuní a la juventud i me preparé a hacer un esfuerzo en favor de la patria. Todos los que en Tunja llevan el nombre de patriotas se manifestaron en aquellos momentos dignos defensores de la democracia.

Fácil es concebir cuántos planes, cuantos pensamientos felices, cuántas ideas útiles se presentaron en aquel dia de indecisión i de tormento. La noche nos halló alarmados, pero resueltos a escarmentar a los insolentes que, envanecidos o confiados en su inteligencia o en su valor, pretendian sepultarnos, rasgando las instituciones. Todos nos fuimos a la casa de Gobierno, i los ciudadanos de mi escuadron se encargaron de la vijilancia por la noche.

Antes de esto, los conservadores de mas importancia resolvieron en la casa de Juan N. Neira, i por indicación de este, mandarme un individuo de los que se comprometieron en la revolución, i que hoy está prófugo, a hacerme propuestas para que en caso de que se turbara el órden me ausentara de la provincia a Tundama o Bogotá, ofreciéndome cuanto necesitara para trasladar mi familia, i toda clase de seguridades; esperanzaron su negociación en el necesario resentimiento que yo debía tener con el Gobernador Sr. Rivadeneira, por los ataques que me prodigó i re-

mocion que me hizo del destino de Administrador de hacienda de la provincia, cuando con la enerjia que me es natural le improbé el uso que hacia de la autoridad en beneficio de su casa. "U. no puede ser amigo de un hombre tan ruin i miserable, me decian, como es don Camilo. U. no puede ni debe defender a un Gobierno que mantiene de Gobernador a un hombre que no tiene otro mérito que haber emparentado con la familia del Presidente: si U. sostiene a ese hombre, sostiene la pérdida de la provincia" i por último, se contrajeron a ofrecirme la Gobernacion i a poner a mi disposición la suerte del Sr. Gobernador.

Yo reuní inmediatamente lo que en Tunja se llama "el círculo," i lo instruí de lo que pasaba, manifestándole ademas que podíamos, manteniendo la ilusion de los enemigos, ganar, descubrir el momento que habian elejido para obrar, i lo demas de su plan.

Si me indignó la avilantez de las proposiciones, comprendí tambien la utilidad que podia sacar del engaño que sufría Neira i sus adeptos al juzgarme con tanta infamia, i pensé en darle una cita para el dia siguiente, temprano, como en efecto se la di: proponíame en esto, estudiar el verdadero estado de las cosas, conociendo los elementos de los enemigos i volver a los míos en mejor predicamento, para ayudarles a la resistencia. Empero, celoso como soi de mi propia reputacion, pensé que mas tarde podrian dudar de mi lealtad mis copartidarios i arrojarme un baldon de infamia mis enemigos, i resolví faltar a la cita ántes que anublar mi conducta con procedimientos un tanto estraños i difíciles a un buen republicano.

El Sr. Coronel J. J. Reyes Patria encargado de la plaza, llegó el 17 un poco tarde, a tiempo que el Sr. Gobernador en virtud de la órden apócrifa, tenia preparada la salida del Comandante Machado i 50 guardias nacionales. Este movimiento me fué desconocido hasta el momento mismo en que se ejecutó, i ninguna reflexion pude aventurar sobre la conveniencia de él, deducida claramente de las circunstancias: solo al Sr. Machado, a quien acompañé hasta fuera de la ciudad, cerca de las cuatro de la tarde, le indiqué que si yo fuera quien debiera dar cumplimiento a aquella órden no lo tendria, aun cuando me removieran; "porque el Gobierno no debia contar con gobernadores de palo, sino con agentes racionales i suficientes," (estas fueron mis propias palabras). Sin embargo, los conservadores dieron con las órdenes falsas un paso tan atrevido e inmoral, que se hacia imposible hasta la sospecha, mayormente cuando el Gobernador con una tonteria rara, obedecia la órden de reserva, guardándose de los liberales mas comprometidos i de mejor fe; miéntras que a la vista de los conservadores ejecutaba la arriesgada operacion de sacar la tropa, notificándolos así, de que la ciudad quedaba indefensa: de manera que la reserva se guardaba con puntualidad respecto de los liberales únicamente, porque los conservadores, si se les suponía un plan, como en efecto lo tenían, debia suponérseles tambien que estarían a la defensiva previendo i evitando su combinacion. Empero, lo cierto es, que este hecho de terrible magnitud para el orden público, fué absolutamente para los conservado-

res a pesar de que los robusteció la *falta* de *críterio* en el Gobernador.

La salida de la fuerza, interpretada diversamente, causò, en realidad, una alarma i un disgusto jenerales; mas, recordábamos que los Sres. coroneles J. J. Reyes Patria i Ramon Acevedo, llegada una emergencia, nos ausiliarian con sus conocimientos militares i con su valor. Tambien veíamos con justa confianza al buen ciudadano i escelente patriota Joaquin Machado, comandando un piquete de 16 o 18 hombres que quedaron en el cuartel. La noche se pasó en cálculos de todas clases; recorríamos el terreno enemigo en busca de sus elementos, de su poder, i medíamos uno a uno a nuestros adversarios, llevándonos la ilusion del entusiasmo hasta una realidad, triste por cierto para la República, pero harto evidente por desgracia: aquella era la de encontrarnos en campaña, dispuestos a la lucha, sin bastante certidumbre de que nos atacaran; porque a las noticias recojidas por nuestros amigos se oponian las protestas continuas del Sr. Gobernador, asegurándonos que nada habria hasta que no llegara el 6 de agosto: sostenia su dicho, ademas, con un aire tal de evidencia, que hubiera escludido hasta la vacilacion, si no hubiera sido tan conocido como majistrado, como individuo particular.

El Sr. coronel Juan José Patria, que tambien habia visto las órdenes apòcrifas, obrò con la prevision i enerjía que lo distinguen, tomando todas las medidas que la falta de recursos le permitieron, i manifestò diferentes veces que no podia ya dudarse de un peligro inmediato; pasó la noche con nosotros, i nos escitó a que estuviéramos listos para el momento del peligro.

Amaneciò por fin el 18, i todos nos dispersamos pero advertidos de volver lo mas pronto posible. No hacia mucho que habia llegado a mi casa, cuando mi apreciable amigo Dr. Sánchez, que estaba encargado de la Jefatura política, llegó a indicarme que tenia noticias harto seguras, de que no pasaria aquel dia sin que se verificara un trastorno. Cambiamos unas cuantas palabras i él se volvió para tocar con el Sr. Gobernador; pero no pasó mucho rato cuando recibí orden del Sr. Coronel Comandante de la plaza para ir al cuartel en el momento, i en efecto me acerqué al Coronel quien me dijo, con todo el interes que inspiran la certidumbre i el patriotismo en circunstancias de dificultad: "reuna U. su jente i estése aquí con ella, porque creo que hoy nos van a dar que hacer;" yo le contesté asegurándole que nos reuniríamos, i le pregunté lo que decia el Sr. Gobernador; el Coronel me dijo: "él no cree; pero yo sí." A este preciso tiempo se separaba el Sr. Jefe político del Sr. Rivadeneira en el patio del cuartel, i yo acercándome al primero, le hice la misma pregunta que al Coronel, i me contestó lo mismo: "el Sr. Gobernador no cree que ocurra novedad;" entónces me dirijí a aquel majistrado i lo invité a que mandáramos espías a las entradas, especialmente a las de Samacá i Ramiriquí, manifestándole que con esta precaucion nada se perdía i que al ménos sabríamos las jentes desconocidas que entraban a la ciudad. Convino por el pronto; pero cuando le pedí dos caballos para este objeto, volvió a la tontería de rechazar hasta las

precauciones. Me separé de él i llamé al Sr. Vicente Cañon con el fin de que inmediatamente saliera al camino de Samacá i observara todos aquellos que le parecieran nuevos en la provincia, i examinara si se notaba precipitacion en los godos i si habia alguna casa de reunion. En efecto salió, i ántes de una hora estuvo de regreso avisándome que detras del alto de Chiquinquirá que domina la ciudad, en la casa de campo de Juan de Dios Arias habia jente armada, que se veían lanzas con banderolas i que se notaba mucha agitacion. Esta noticia puso en evidencia la conspiracion i me notificó la urgencia de aventurarlo todo a fin de impedir la realizacion de los planes conservadores, procediendo a despecho de las creencias gubernativas; i fijo en esta idea que envolvia toda mi resolucion, dije al Sr. Jefe político cuanto Cañon me habia contado, i lo escité para que los dos solos fuéramos inmediatamente a hacer una tentativa para sufocar el movimiento. Convite semejante no podia ser desechado por un jóven de tantas prendas cívicas como mi amigo el Sr. Sánchez, de modo que inmediatamente volvió a mi casa a caballo i salimos de la ciudad por calles escusadas a fin de no ser observados por los godos que se cruzaban ya con agitacion. Tomamos el camino que se llama "de Chiquinquirá" i por él atravesamos el alto hasta el punto necesario para divisar la casa que Cañon nos indicaba; la vimos en efecto i en ella grupos de a pié i de a caballo, armados, i hombres corriendo por los llanos adyacentes: calculamos cien hombres, creimos que estaban a las órdenes de algun Jefe de importancia, que organizaba aquel peloton para acercarse a la plaza que estaba sola i tomada: contábamos los godos de la ciudad; nos acordábamos de Neira, veíamos a los clérigos, frailes i beatas i unas cuantas prostitutas conservadoras i completábamos el cuadro de las lecciones godas; i siguiendo a Neira su mas valiente Jefe, llevamos nuestro pensamiento hasta la política sanguinaria de que íbamos a ser testigos o víctimas, segun la importancia que nos diera la Junta de teólogos que debia servir de Consejo al Jefe superior don Juan Nepomuceno. Tambien recordamos los dengues i piruetas que haria el clérigo Amèzquita cuando dijera la misa de "accion de gracias," por el triunfo con que contaban. Tales eran las divagaciones de nuestro pensamiento, cuando advertimos que por en medio de la puerta nos esperaban con tres bocas de fuego, bien colocadas en la direccion que llevábamos. Esta ocurrencia nos hizo apercebir un peligro cuando solo pensábamos en burlar a nuestros adversarios; nosotros, sin embargo, resueltos a verles la cara a los amotinados i a contarlos en su propio cuartel, despreciamos aquel amago i acclerando el paso penetramos en el patio con sorpresa de aquellos miserables, habiendo abierto yo la puerta. Inmediatamente los saludamos con agrado i los interrogamos sobre el motivo que tuvieran para reunirse allí, armarse i amenazar el órden; el silencio que guardaron me hizo concebir la idea de disuadirlos de su intento i empecé a hablarles sobre el motivo que los clérigos tenian para pensar en destruir la República, i fuí esplicito i claro hasta donde pude para manifestarles, apelando a su propia conciencia, la necesidad de sostener un gobierno que trataba de

contener a los tiranos del pueblo, volviendo a este sus derechos i colocándole en el goze de su soberanía; no olvidé trazarles el cuadro de lágrimas i de sangre que ellos iban a levantar en la República, si obcecados, desechaban el llamamiento de la libertad, i se entregaban en los brazos del fanatismo. Un momento me ocupó la ilusión i creí por el silencio i la atención que me prestaron, que la razón iba a ejercer todo su imperio dominando a aquellos ilusos i presentando en la historia de la Administración del 7 de marzo un hecho brillante que enriqueciera las multiplicadas páginas que honran la historia de la lucha de la razón contra el fanatismo; empero esta hoja suave del patriotismo se me cayó cuando uno de ellos, que no quiero nombrar, me dijo, cortado pero resuelto: “don José María, nosotros no tenemos la culpa; el Dr. Neira es quien nos manda, entiéndase U. con él.” En este momento se presentó el Sr. Jefe político que se había internado a un segundo patio o corral, en busca del Jefe de aquella partida, un tal teniente Marcelino Búrgos a quien le dijo con la arrogancia i resolución de un granadino, en alta voz i en medio de todos: “¡Prevengo a U. que deponga i haga deponer las armas i que me siga con esas jentes a la ciudad:—soi el Jefe político, i si UU. quieren alterar el orden tienen que pasar por encima de mi cadáver, porque estoi resuelto a morir ántes que consentir en que se huellen las leyes!—¡Muchachos, viva el Gobierno!” Este denodado grito salido del corazón de aquel valiente majistrado, resonó en las colinas de la inmediación i tocando las fibras de mi patriotismo, lo contesté con todo mi entusiasmo; ¡pero lo contesté solo! Sin embargo, emprendí hacer retroceder a Búrgos, que con su jente gritaba: “¡Muera el Gobierno!” i esforzándome en retratarle la magnitud de su delito cometiendo traición; pero este como todo conservador, estúpido i brutal, intentó contestarme con su trabuco que preparaba i me dirigía. En este apuro, i notando que los amotinados cobraban aliento porque se bullian acercándose al Dr. Sánchez i a mí, como para encerrarnos entre sus lanzas, examiné a los que tenía por delante i por detras; noté que un mozeton se me acercaba demasiado, i tomándole la lanza por el asta, me abrí camino hasta ponerme fuera del patio. Búrgos me siguió tratando devolverse, pero se detuvo por atender al Dr. Sánchez que pretendió seguirme i que sacó una pistola que llevaba para imponerlos; pero el Teniente traidor dirigió a aquel el arma que me quería disparar, i el Dr. Sánchez preparando su pistola con resolución, amenazó con la muerte al que lo detuviera; pero notando que le faltaba el fósforo, i viendo que Búrgos sostenido por los bandidos lo quería asesinar, entregó su arma diciéndole a Búrgos que la falta de fósforo que inutilizaba su pistola, era lo que le daba superioridad. Yo observaba colocado media cuadra, a lo mas, de donde rodeaban i amarraban a mi amigo, pensé arrancarlo, pero el número me impuso i ví además que si aquella turba me tomaba prisionero o me arruinaba, no habría quien noticiara a los liberales, que podían sacrificar al coronel Patria, al coronel Acevedo, al capitán Machado i a otros muchos por medio de matones que tenían listos i competentemente distribuidos;

así, pues, resolví correr a Tunja, matar o aprehender a Neira, aprehender a otros traidores, entre ellos a José María Vázquez, al padre Amézquita, al fraile inmoral superior de los dominicanos Tomas Gómez i a Ramon González, i descabezado así el plan, reunir los patriotas que pudiera, ponerme a órdenes del Comandante jeneral i volver precipitadamente a ocupar el *alto* ántes que el enemigo se apoderara de él. Yo sabia que no podia reunir ni la cuarta parte de la jente que Búrgos tenia, sabia que Neira tendria distribuidos muchos otros, i no me olvidaba del mentado *Runtano* (Agustin Álvarez) i veía, en fin, que los godos eran en mucho superiores en número; pero todo me pareció nada i ni por ilusion les concedí una ventaja; contaba con pocos, poquísimos, pero tenia conciencia de que cada uno podia arrollar hasta diez de los traidores, que los veía corriendo si Neira no se me escapaba i lo-graba presentarlo a mis amigos i a las autoridades como trofeo que nos daba probabilidades, porque tal presa o irritaba o espantaba a los godos que veían en aquel fantasma su hombre, sus glorias, su triunfo. En ámbos casos los patriotas quedábamos en mejor predicamento para batirlos i asegurar el órden.

Llegué a la ciudad; entré por la calle mas pública; grité a voz en cuello "viva el Gobierno, mueran los traidores," grito que repetí muchas veces escitando a cuantos veía para que ocurrieran a armarse i a defender el Gobierno: así llegué a la esquina de la plaza donde vi a un Sr. Emigdio Rójas, guapeton de fama i conservador por obediencia: le dije que se fuera a unir a sus camaradas que estaban tras del alto, i le tiré un lanzaso que él escapó. La verdad sea dicha. Rójas se sorprendió pero no se turbó; me replicó algo i yo mandé al jóven José Antonio Rincon que lo llevara al cuartel: entré a la plaza, repetí mis vivas al Gobierno, i vi al suspirado Dr. Neira en una tienda adelante del porton de la casa del Dr. Ricardo Moaroi: me indigné demasiado, corrí ácia él i le dije "Traidor, allá tienes tus jentes, vete a mandarlas que aquí estoy yo, cobarde," i le tiré un lanzaso que él escapó cerrando la puerta de la tienda: yo continué retándolo i él abrió, perdido el color, i cortado hasta el extremo de sacar una pistola de seis tiros cojida por encima de la llave, i mostrándomela, decia: este hombre esta loco. Vuolto en sí se espresó con mas dureza i cojió mejor su pistola, pero como yo lo amenazaba con la lanza que quité a sus valientes, con fuertes reproches, el Sr. Joaquin R. Camacho que se acercaba, creyendo de pronto que aquello era una cuestion puramente personal, como pensaron muchos, trató de improbar mi procedimiento; pero tan luego como comprendio lo que pasaba, mudó de tono i me dijo: "Yo respondo del Dr.—yo lo llevo al cuartel." Neira, por su parte fué mas dócil con el Dr. Réyes, quien le dijo entregara la pistola, que efectivamente le dió: yo dije al Dr. Réyes, que por su valor i patriotismo merece mi confianza, algo sobre seguridad de Neira, i me adelanté gritando: "A las armas, a las armas;" viva el Gobierno! Llamé al Sr. Gobernador que salia a una de las ventanas de la casa del despacho acompañado, no recuerdo de quienes, pero le informé de la detencion del Sr. Jefe político hecha por los rebeldes—le mostré la lanza que les habia qui-

tado—le dije que habia prendido a Neira i a Rójas—le rogué que obrara con actividad i que bajara a la puerta en donde, cortado, me dijo que era “*preciso un denunció*,” a lo que contesté: “aunque U. me aborrezca, obre con actividad, que nuestro deber es salvar la patria.” Los Sres. Juan N. Villate, Juan N. Acero i los dos Rincones i otros han debido oír esto.

El Sr. Coronel Patria presenció lo que allí pasara entre Neira i yo, que llegábamos, él conducido por el Sr. Réyes Camacho i dos soldados que me dió el Sr. capitán Machado, i yo llamando al Sr. Coronel i a todos los patriotas. El Sr. Gobernador tambien fué testigo, i ayudó a evitar la muerte de Neira o la mia porque este sacó otra pistola, tambien de seis tiros, i me la tendió, llamándome *asesino*, i yo me le fuí encima con la lanza; pasado lo cual grité con mayor fuerza: “¡a las armas! ¡a montar” “¡a caballo!” escité al Sr. Acero i a otros tantos, que se dispersaron a buscar caballos. Encontré al Sr. Dr. Castelblanco—le indiqué que montara—lo mismo al Sr. Réyes Camacho, quien tomó el caballo del primero, i ántes de diez minutos estuvieron reunidos 18 demócratas que fueron los Sres. Rafael Flóres, Felix Pulgar, Agustin i Manuel Tórres Gonzalez, Juan, José María i Laureano Jaime, los dos Rincon Soleres, Juan N. Acero, Telèsforo de los Anjeles, los Sres. Sánchez, padre i hermano del Jefe político, Ricardo Acevedo, Concepcion Herrera, Ignacio Novoa, i el que habla. No pasaré en silencio que el Sr. Dr. Carlos María Gómez fué tambien presuroso a tomar su caballo, pero no pudo salir porque lo dió al Sr. Cándido Rincon. Nuestras armas consistian en lanzas, i solo los dos últimos i yo llevábamos trabucos.

Antes de tomar el alto dividí la fuerza en dos grupos; destiné a los tres Sres. Jaimés a que salieran por el puente del camino de Samacà, con el fin de observar si entraba alguna partida armada a la ciudad, lo que era probable si hubieran sido racionales i tenido valor los revoltosos, i yo seguí con los otros por el zanjón: reunidos de nuevo, tomamos el camino de Chiquinquirà i luego que nos acercábamos a la eminencia dividí de nuevo la fuerza en dos grupos destinando el uno al camino que traíamos i el otro a buscar el de Samacà proponiéndome yo bajar por el centro con el Sr. Rincon, tanto para dirijir las dos fuerzas como para engañar al enemigo con el número, cuando advertí que los bandidos dejaban la casa i se dirijian con precipitacion al camino de Samacà. Mandé entónces volver el grupo de la derecha, i reunidos corraímos por la cordillera a dar alcance a los que se movian, cuando el Sr. coronel Patria, acompañado de su sobrino el valiente jòven Joaquin Réyes, se presentó en el campo con esa impavidez i serenidad que lo han distinguido siempre, preguntándome por los traidores: le indiqué lo que ocurría, continuando con celeridad en la misma direccion, me dijo de repente: “mira, por este lado (nuestra izquierda) viene jente; ví en efecto, unos cuatro que habiendo salido de la ciudad, iban a buscar indudablemente a los que estaban tras del alto: carguémoslos, pues, le dije; i el Sr. coronel apuró cuanto pudo su caballo. Al encontrarnos, yo le ofrecí mi trabuco porque me

impedia el manejo de la lanza, lo tomò i a pocos instantes nos separamos, porque él cargò a la izquierda en donde acababan los nuestros, a saber: el Sr. Flórez, dos de los Sres. Jaime i el Sr. Pulgar, de tomar prisionero a un tal Castañeda: yo pasé por junto de Ramon González que ya estaba parado porque le faltò el caballo, lo saludé, i le dije que se volviera, i seguí detras del escribano Alvarez a quien pocos dias ántes le habia dicho algo sobre su suerte si se metia a guapo comprometiéndose en la revolucion; oi un tiro, vuelvo a ver, i veo al jeneral que se acercaba, al Sr. Cándido Rincon, parado junto de Ramon González que estaba tendido, i al Sr. Antonio Rincon que vino i me dijo, han muerto a Cándido; pues sigamos nosotros, le dije, i corrí un poco, habiéndome parado dos veces los cuatro que perseguía, porque me hicieron dos tiros con carabinas, uno en pos de otro, dos señores que conozco i que no debo aún mentar. El Sr. Joaquin Réyes i el Sr. coronel que me alcanzaron, continuaron la persecucion de los revoltosos, conmigo i José Antonio Rincon, sin mas fruto que cojer a un niño Vèlez, que se iba escapando porque el jeneral i Réyes lo creian de los nuestros, los demas corrieron tanto, que no era posible hacerlos parar, i la partida fuerte de ochenta hombres que mandaba Búrgos i que fuè testigo de la cobardía de la que esperaba, se dispersò en gran desòrden cuando salimos al alto. El jeneral, el Sr. Reyes, los dos Rincones i yo, que creímos difícil que pensarán en rehacerse, i reflexionando el jeneral que si nos separáramos mucho de la plaza, podia ocurrir alguna novedad, regresamos mandando conducir el cadáver de Ramon González que acababa de experimentar que no se puede resistir al defensor del òrden i de las instituciones, sin morder el polvo empapado en sangre.

Rincon Cándido se llegó a González i le mandò que se rindiera; el revoltoso que ya estaba en la carrera de los conservadores de una manera avanzada porque era ejecutor del robo hecho al correo, no podia pensar en la paz a cuya idea tiemblan los delincuentes, así fuè que aterrado, largò un trabucazo a Rincon que lo recibió en el pecho sin moverse para otra cosa que para responder a su adversario con el suyo cargándolo con la lanza i tendiéndolo debajo de su caballo.

La Providencia suministrò en Tunja un suceso tan extraordinario como este, para que esa jente fanática i menguada que ve en cada liberal un impio i en cada clérigo i beata un símbolo del dogma, entendiera que la divinidad cansada de ultrajes i desacatos a la lei divina sostiene visiblemente a los que llevamos mejor que esos impuros i brutales sacerdotes, el nombre sagrado de cristianos.

Rincon con fe en su causa, la causa de la lei, sin perendengues ni escapulario, i sin haberse confesado como lo hicieron González i el escribano, recibe en su pecho cinco balazos a quemarropa que no hacen mas que señalar la proteccion que da Dios a los suyos, i González, lleno de reliquias, no puede resistir un balazo sino que cae del caballo, i se revuelca en su sangre, dice a sus compañeros, "miradme Dios no nos protege."

Ojalà que este acontecimiento pase sin alteracion a las masas, i ojalà que los partidarios de los duendes fijen un hecho ciertamente notable i lleno de moralidad.

El canónigo Castro suele tener su razon, cuando cree que la cruz corta mènos o vence mènos que la lanza.

Volvimos a la ciudad que presentó un cuadro de entusiasmo. La casa de la torre se habia convertido en un castillo, allí estaban con la muchedumbre entre otros el jamas bien estimado benemérito Dr. M. Dominguez, los SS. Rójas, el Dr. Castel, el Dr. Ambrosio Gonzàlez, el Sr. Anunciacion Vargas, los Sres. Escovar, los Acevedos, el Sr. Sebastian Jaime, el Sr. Buenaventura La Rota, el capitan Machado, i su estimable hijo Hipólito, el capitan Càrdenas, el capitan Ramon Calderon, el Dr. Narciso Gómez, el Dr. Càrlos María Gómez, el Sr. Peregrino Umaña, el Sr. Rudecindo Carvajal, el apreciable jóven Camilo Brigart, el Sr. Marcelino Montaña, el Sr. Paulino Vega, el Sr. Càrlos Gutièrrez, el Sr. Manuel Ruiz, i tantos mas que no recuerdo i que aumentaban con honor de Tunja, el hermoso grupo de un pueblo armado en favor de sus derechos i en sostenimiento de su Gobierno; todos esperaban con ansiedad, el resultado de nuestra salida i cuando hube llegado a la plaza, se apiñaron a saber lo que habia.

A poco rato llegó el Dr. Sànchez con su caballo herido, i nos refirió cómo lo habian maltratado de palabra i con hechos, i cómo a esfuerzos suyos, favorecidos por el encuentro del alto, se habian podido fugar. Este acontecimiento plausible para todos fuè grande para mí, i juzgué que ya podíamos estrecharlos sin temor de sacrificar a tan enèrgico i buen majistrado.

El Sr. jeneral Patria se dedicó, asociado al coronel Acevedo, el capitan Càrdenas i otros, a tomar medidas i dictar providencias militares para organizar sin demora alguna fuerza de infantería; yo continué mis trabajos para aumentar la caballería mandando allanar varias casas para tomar monturas, caballos i armas; en efecto de entre otras de donde obtuvimos buen resultado cuento la de Juan Neira, de la cual el Sr. Dr. Càrlos Gómez, asociado al Sr. Villate, trajo tres buenos caballos que luego no mas nos fueron útiles.

Nadie perdía tiempo; todos hacian algo, i cuando eran las cuatro de la tarde, fuí avisado de que la plaza iba a ser sorprendida; con tal motivo guardé las esquinas con piquetes de a caballo i establecí un regular espionaje; pero la noticia no era esacta i a poco momento el Sr. jeneral me anunció que el enemigo estaba en el alto, i que debia salir mi escuadron: lo reuní, trate de aumentarlo i convidé al Dr. Narciso Gómez que no tardó en unírseme. La mayor parte de mi fuerza salió a órdenes del jeneral, i se situó detras del topo i a distancia de tal edificio. Yo salí con seis, entre ellos el Dr. Gómez, el buen Telèsforo de los Anjeles i el jovencito Manuel Tórres Gonzàlez de Cipaquirà, que tantas esperanzas da a la patria; con ellos volví a tomar el camino que llevé en la mañana. Ví que el enemigo se dividia en dos gruesas columnas; que la una parecia inclinarse al campo del jeneral i que la otra pretendia detenerme: distribuí a mis camaradas lo mejor

que pude, i pretendí atacarlos, observando siempre los movimientos del jeneral para comprender su intento: así estaba, cuando el Sr. José M. Vanégas, de Vélez, patriota de mérito, se presentó yendo de paso i en comision a Tunja, lo detuve i lo coloqué a guisa de ataque; cuando vimos que el jeneral se replegaba ácia el topo: vacilé en seguirlo, pero siendo el número enemigo superior, pues habia mas de 100 hombres, i nosotros a lo mas éramos 30 en las 2 partidas; no pudiéndose traducir mal aquel movimiento porque lo hacia un jefe experimentado i valeroso, retrocedí tambien i me le uní: pronto volvimos a Tunja i la plaza estaba lo mejor posible. Yo llamé a varios buenos ciudadanos como a los Sres. Manuel i Matías Ruiz, les dí orden de recojer caballos e indiqué al jeneral que las repitiera, i continuamos trabajando para rechazar cualquier insulto en la noche. El Sr. Mariano Rota gastó el pasto necesario para la brigada en esa noche, i cada cual hizo lo que pudo; el Sr. Proto García desempeñó con interes cierta comision, que le dí, necesaria en aquellos momentos.

Nuestra situacion ya era ventajosa, los frailes i monigotes revoltosos estaban escondidos i asustados con la muerte del jaque González i la prision del príncipe Neira; la importuna plegaria de Santiago se mandó suspender desde temprano, yo habia ido a la casa de un cura encarnizado enemigo del Gobierno, lo habia escitado a que saliera a predicar con su Santo Cristo, que yo los esperaba con la lanza i las balas.

Pasamos la noche armados i reunidos; el jeneral dirijia con empeño todo lo que tendia a la seguridad; el entusiasmo nos servia de garantía i de estímulo al tiempo que aumentaba el terror de los enemigos.

El sábado temprano se abrió el cuartel: por mi parte dirijí mi espionaje al "alto" i pasó mucho rato sin saber qué direccion tomaran los bandidos: los rumores eran diversos hasta que monté con una partida i salí al camino que trae a esta ciudad; cerca de Boyacá supe que en la noche i la tarde habian pasado varios derrotados por el Puente. Con esta seguridad volví a la ciudad en donde me aseguraron que por el lado de la fuente estaban unos lanzeros con banderas negras, con tal motivo mandé otra partida a las órdenes de los Sres. Joaquin Réyes i Ramon Escovar, que tan bien han desempeñado las obligaciones del patriotismo: esta partida, despues de examinar las vegas, tomó la loma de Chiquinquirá i protejió la entrada del escuadron de la Villa de Leiva que nos causó un evidente placer.

El Sr. jefe político de Leiva Dr. David Neira, patriota tan pródigo como entusiasta, el Sr. Joaquin Neira, el Sr. Justo Mateus, el Sr. Polo Jiménez, el Sr. Dr. Francisco de Paula Bermúdez, el Sr. Timoteo Neira, los Sres. Roncancio, el leal patriota Felipe Murillo i su hijo, el Sr. Inocencio Moráles, un jóven Rójas, i casi todo el pueblo de Suta, formaban el refuerzo que el patriotismo de todos llevó a Tunja, por fortuna de los enemigos cuando ya estaban léjos. Este escuadron fué reunido al mio por disposicion del jefe de la plaza, jeneral Patria i puesto a mis órdenes; yo no haria justicia al mérito de tantos i buenos ciudadanos, sino di-

jera, que entusiastas defensores del òrden, dieron el mas bello ejemplo de sumision i disciplina. Todos pedian comisiones; todos deseaban el peligro; todos discutian la conveniencia de las medidas que se tomaban, i todos por fin obedecian lo que se les mandaba.

Los Sres. Márcos, Salomon i Francisco Galindo, el exaltado i bizarro jòven Dr. Valentin Martínez, el Sr. Camilo Mariño, i otros de Ramiriquí, habian llegado con anticipacion llenos de ardor i buscando el momento de contribuir al castigo de los traidores. El Sr. Ignacio Novoa, alcalde de Samacá i un Sr. Fandiño, hicieron con constancia i sumision la fatiga que se les señalaba. El Sr. Vicente Cañon, un jòven Rueda i otros que deseo nombrar, pero cuyos nombres no recuerdo, fueron tambien tenazes i exaltados soldados de la patria.

Las cosas continuaban, i una asamblea de vecinos notables se reuniò para deliberar: los rumores i las chispas crecian hasta el punto de creer que toda la República estaba incendiada. El movimiento i triunfo de los malhechores en Sogamoso, la incomunicacion con la capital i los temores de un sacudon en Casanare, eran casi realidades, i obligaron a que aquella asamblea presidida por el Sr. Jefe político, a que formara una Junta con el nombre de "calificadora," a fin de designar con acierto los individuos que debian ser aprehendidos por ser notoriamente sospechosos i contrarios al Gobierno. El nombramiento recayò en el Sr. Dr. Mateo Dominguez, Ministro del Tribunal, en el Sr. Dr. C. M. Gómez, tambien Ministro, en el Sr. Gregorio Páez, en el Dr. Francisco de P. Bermúdez i en mí; esta Junta debia ademas indicar a las autoridades cuanto creyera útil al restablecimiento de la paz i continuar gobernando en caso de disociacion. Fueron varias las reuniones que tuvimos, i en ellas señalamos las personas que debian asegurarse. Distribuimos comisiones: yo hice ir a la casa destinada para detener a los sospechosos una guardia de mi escudron i aduje a detencion a unos cuantos.

La opinion indicaba la necesidad de reducir a prision al cura Amèzquita, al fraile Gómez, al cura Ruiz i al clérigo Tamayo un poco mas importante que los otros, no porque les aventaje en estupidez que poseen en igual grado, sino porque es cierto que es de mejor moral i tiene mas crèdito bajo este aspecto. Yo habia buscado a Amèzquita i a los frailes, pero no los habia hallado, i no desistia del proycto de hacerles sufrir algo en castigo de su criminal i desvergonzada empresa de ayudar a la cruzada de don Manuel Josè i don Mariano contra la libertad i las instituciones; pero cuando mènos esperábamos, tuve noticia de que por Boyacá habia jente armada; a tiempo que el Sr. Jeneral resolvía marchar a Sogamoso, como en efecto se fuè con 25 de caballería, lo que hizo preciso que yo, con otra partida viniera al punto donde hacian el anuncio; pero nada obruve, i me devolví llegando a poco rato los vecinos de la patriota villa de Chocontá, a órdenes del valiente Camilo Rodríguez i del enérjico i activo patriota Dr. Marcelino Liévano, de esta capital, quienes nos llevaban al cura de Ventaquemada, a los correistas i al jòven Gregorio Pulgar que habia sido preso por los ladrones del correo.

Fácil es comprender lo útil de este servicio de los republicanos de Chocontá, que en fuerza de su patriotismo se habían destacado sobre Tunja, que creían sitiada e tomada por los enemigos. Siempre agradeceremos los amigos del orden aquel proceder que el Gobierno tampoco debe olvidar.

El bizarro comandante Antonio Díaz con el bravo escuadrón de Vélez, que trata por segundo Jefe a mi amigo el valiente Marcario Forero, llegó también presuroso a ofrecernos su ayuda. ¡Viva el patriotismo de los conciudadanos que corren con brío a ayudar a sostener el pabellón nacional i el imperio de la lei, toda vez que los bastardos relijionarios de la lejion Mosquera, lo quieren atacar!

Nuestra política aparecía insegura, i la ansiedad continuaba su reclamación de medidas, que por otra parte yo apetecía, porque un estado de conflagración es un libro donde se aprende a conocer los hombres, i yo deseaba saber de los amigos i de los enemigos, lo que en el estado normal se oculta con facilidad. Uníme, pues, con otros a quienes les parecía flojo i tibio en mi proceder, i continué en el intento de aprehender a los frailes, que tenían cruces impresas para repetir la divisa del año de cuarenta! i al cura Amézquita que dió la señal con sus campanas el día de su desengaño; i para obrar mejor, convidé al Sr. comandante Díaz i fuimos a Santo Domingo, sin resultado alguno, porque no hallamos al padre que buscábamos; i de allí seguimos para donde Amézquita, a la sacristía, mandando de paso a Francisco Leal i Mariano Ruiz al "pabellón." Llegamos a donde el cura, nos cambiamos saludo, nos sentamos i pronto le notifiqué que siguiera con nosotros a la prision; me pidió la orden i le dije que yo la daba: se mostró altivo i lo reprimí con dureza: salieron unos cuantos vagabundos al alboroto que hizo el clérigo, saqué mi estoque para hacerlos meter a su guarida. El clérigo convino en ir, pidiendo garantías con voz apagada i ya humillado; le contesté lo que cualquiera le hubiera dicho, que los patriotas no eran asesinos i que no necesitaban, para mantener el orden, de matar un monigote. Convino en ir, i entónces el Sr. Díaz le dijo: "vea U. que somos caballeros, vaya U. solo i cuando guste," i salimos. El clérigo fué por fin i permaneció en la prision hasta que me hizo saber por el conducto del Sr. Dr. Angulo, mi amigo, que el Sr. Gobernador decia no tener parte en aquella detención; entónces dije al clérigo, como dije a otros: "UU. pueden irse; yo no los temo;" el clérigo dudó i yo insistí, asegurándole que si el Sr. Jeneral Patria me ordenaba que lo volviera a la prision, lo haria así, i si no, que ganara su libertad, predicando en favor del Gobierno como era de su deber. Yo no sé si cumplió; pero sí que a unos les pareció bueno el sermón i a otros malo.

Tal es la historia de lo que yo presencié en Tunja; i el que dejo dicho, mi proceder en cuanto al padre Amézquita:—yo no lo he fiado ni él ha sido, hasta que yo salí de Tunja, (el 15 de agosto) reducido a prision legalmente ni aun enjuiciado por su escandalosa protesta.—Si hubiere otra cosa en esto, que me desmentan.

El Gobierno debe estimar el procedimiento desinteresado i leal de los ciudadanos que como los de Sogamoso, olvidando su propia situacion, corrieron a las órdenes del denodado jóven Jesus Chaparro, a favorecer nuestra plaza prestando importantes servicios en ella.

Los patriotas de Garagoa, al mando del Sr. Ceferino Gutiérrez, tuvieron tambien su parte en el restablecimiento del órden; i conducta semejante pienso que será apreciada por el alto Gobierno i los buenos patriotas.

Bogotá, 1.º de setiembre de 1851.

J. M. Solano. ^{v20}